

El Eco de Cartagena.

Año XXV.

DIARIO DE LA NOCHE.

NUM. 7177

Precios de suscripción.

CARTAGENA, un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—PROVINCIA, tres meses, 750 id.—EXTRANJERO, tres meses, 11.50 id.
La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 10 de cada mes.
Corresponsal en París para anuncios y reclamos, Mr. A. Lorotte, 51 bis rue Saint-Antoine.

Números sueltos 15 céntimos
REDACCION, MAYOR, 24.

SABADO 10 DE OCTUBRE 1885.

Condiciones.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, conserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal. No se devuelven los originales.

Anuncios á precios convencionales.
ADMINISTRACION, MAYOR, 24.

ECOS DE MADRID.

9 de Octubre de 1885.

Diez días hace ya que no hay un solo caso: el corazón se ensancha y respira con fuerza. Los que se fueron... «¡Dichosos el ost dice la gente, son más felices que nosotros!» Es un modo como otro cualquiera para justificar la triste ley del olvido y la no menos triste del instinto de conservación. Sobre los despojos humanos se echa tierra y sobre la tierra brotan flores. Al espectro de la muerte ha sucedido la sonrisa de la vida. Hay que buscar compensación á los temores, á los sobresaltos, á las angustias y á los dolores que durante el verano nos han mortificado.

Ahora podemos morirnos de cualquier enfermedad, pero por sorpresa, no con premeditación y alevosía.

Además de los infinitos males que nos acechan y nos destruyen, queda entre nosotros con carácter endémico una enfermedad que no deja de causar víctimas. Se llama la navaja. Contra ella no hay desinfectantes, ni sirven los acordonamientos. El foco está en la masa de la sangre y solo purificándola ó cambiándola llegaríamos á destruir sus efectos.

En un solo día hubo en Madrid cuatro riñas en las que hizo la navaja de cólera morbo español, causando cuatro casos fulminantes. El total de reyertas, combates, heridas y muertes en los últimos ocho días ha sido una compensación á la epidemia.

—Puedes irte tranquilo que aquí quedo yo, ha debido decir la navaja al micróbulo.

Continuamos pues viviendo de milagro.

Dos militares, un capitán y un comandante, que abrigaban antiguos resentimientos, han dirimido la cuestión á pistoletazos en un desafío llevado á cabo con todas las reglas que impone el honor y castiga el código.

El resultado de este encuentro ha sido lamentable. El capitán, herido en un brazo, alojó una bala en la nuca del comandante, quien gravemente herido fué conducido al Hospital militar. ¡Pobre esposa y pobres hijos! cuanto sentirán los dos combatientes el odio que se han profesado.

Por efecto de la repetición de los duelos entre militares se estudia en Francia en la actualidad el medio de evitarlos. En todos los códigos están prohibidos estos desahogos, menos espicados que las riñas á navajazos. En estas el acaloramiento puede ser circunstancia atenuante; en aquellos lo es agravante la frialdad con que se conciertan y se ejecutan.

Pero en todos los países hay para con los duelistas una gran tolerancia. La ley no cree que la sangre limpie

las manchas del honor, pero los encargados de aplicarla son menos severos. Todos somos hombres, todos tenemos pasiones y aunque para estos casos las llamamos honor, tratamos al duelista con consideración á fin de que nos la guarden si llegamos á serlo nosotros, cosa que puede suceder con la mayor facilidad. Tanto es así, que en Francia gran número de militares y no pocos de alta graduación se oponen á las medidas de rigor contra los duelistas de su clase.

—Sin el duelo, dicen, sería imposible formar parte del ejército. En cada batallón y á veces en cada compañía hay uno ó dos que echándose las de morones, tendrían en un puño á los demás, si estos por medio de una estocada ó de un balazo en tiempo oportuno no los pusieran á raya.

El hombre tiende á su destrucción. No se explica en vista de esta verdad psicológica como puede haber en las naciones partidos conservadores. Para terminar este capítulo de las desventuras que han recogido la triste herencia del cólera citaré dos sucesos lastimosos.

Un corredor de comercio extranjero se levantó la tapa de los sesos, escogiendo para escenario de esta fatal resolución uno de los más bellos sitios del Parque de Madrid. Se ignoran las causas de este atentado, aunque se suponen.

Un joven de veinticuatro años, que había terminado hace poco y con gran lucimiento la carrera de ingeniero agrónomo, salió ayer tarde á caballo. Todo le sonreía, y sobre el alazán, al galopar por las alamedas de la Moncloa, pudo creerse rey del mundo, galantería inventada por los naturalistas en favor del hombre sin duda para hacerse perdonar por clasificarse entre los animales. Pues aquel rey del mundo lleno de vida y de esperanzas, fué en un instante víctima de su caballo que le arrojó al suelo de tan mala manera que el infeliz no tardó en sucumbir.

Cambiemos pronto de decoración: si no mis ecos van á parecer fúnebres á los lectores.

Habrán ustedes oído decir que se teme una crisis obrera, que hay infinitos trabajadores tan ociosos que ni siquiera pueden trabajar con los dientes. Así mismo habrá llegado á su noticia que el comercio está perdido, que la industria descansa y que el porvenir es oscuro sin que por dicha huelva á queso.

Pues nada de esto debe ser verdad: en dos ó tres días han ingresado en la contaduría del Teatro Real cerca de dos millones de reales, los palcos del nuevo Teatro de la Princesa son disputados y si se sacaran á subasta

Dios sabe el precio que alcanzarían. Los demás teatros están llenos, el Parque de Madrid por las tardes ofrece un aspecto deslumbrador. Los innumerables carruajes que atraviesan á escape la espaciosa calzada nos muestran á centenares las mujeres hermosas y elegantes, con trajes de un lujo sorprendente, con monumentales sombreros de esos cuyo precio varía entre veinte y cincuenta duros. Hay momentos en los que un capitalista haría negocio dando diez ó doce millones de pesetas por todo lo que encierra el Parque de Madrid, sin contar las bellas, que en ese caso centuplicarían el capital.

Ante este espectáculo no es posible creer en los rumores pesimistas que circulan, pero créanlos ustedes; por que esto no es más que la superficie de un lago en cuyo fondo se encuentra envuelta en fango la miseria humana.

Veo que sigue dominando la nota triste en mi revista y quiero á toda costa alegrar á los lectores.

Las personas obesas están de enhorabuena. Parece ser que un doctor inglés ha encontrado un medio sencillísimo pero eficaz de aliviar el peso á los que andan por el mundo doblemente cargados con sus carnes y con las bromas de que son objeto. ¡Lo que es la ciencia! El doctor á quien aludo ha estudiado durante muchos años el problema, ha hecho los más atrevidos y raros experimentos y al fin y al cabo ha visto que el medio de combatir la obesidad está al alcance de todas las fortunas. El té, ¡lo creerán ustedes! el té en infusión tomado con asiduidad acaba con las gorduras más rebeldes. Así lo asegura el citado doctor y yo me lo explico por la activa influencia que la planta asiática ejerce sobre los nervios.

Ya ven los que por su desarrollo están condenados á desempeñar en la comedia de la vida, el papel de barba, que pueden llegar á representar el de galán y hasta el de galán joven.

Y sin embargo, hay hombres gordos que se apenan porque enflaquecen.

En Nueva-York hay un Club de obesos, que todos los años celebra una sesión á la que asisten los asociados. Los pesan y el que cuenta mayor número de libras es elegido presidente... por su propio peso. Se inscriben en un libro las pesadas y se confrontan los guarismos que arroja la operación con los del año anterior. La solemnidad termina con un banquete y á los postres cantan los comensales con la mayor alegría.

Esta vez el récord lo ha celebrado recientemente en Nueva-York re cayendo la Presidencia en un prójimo que pesa 352 libras, 14 arrobas

corridas. En cambio, los demás miembros del club han perdido carnes en el último año, el que menos cinco libras! Esto los ha desconsolado hasta el punto de que con gran asombro de todos se retiraron del banquete sin cantar.

Estos individuos morirán de indigestión, por que lo que es íbete, en cuanto sepan sus virtudes, no lo toman ni á tiros.

En estos tiempos de ayuno literario, es una gran fortuna hallar un libro bueno y nuevo. Solo corre por ahí descotada y sin vergüenza una llamada literatura, mal suena, hija de la que en otros tiempos se ofrecía de ocultas. Así es que los aficionados á leer se llevan grandes chascos. Por eso los que poseen gusto delicado esperan con ansias los libros de Emilia Pardo Bazan y Pereda, de Perez Galdós y Alarcón, de Picón y Palacios Valdés. Esta vez se ha anticipado la primera, ocupando el puesto que como escritora y señora la correspondía. *La dama joven* se titula el libro que ha dado á luz verdadero joyero que contiene catorce joyas literarias, entre novelitas, artículos, estudios, etc., algunos de ellos publicados antes en revistas y justamente elogiados. Todas estas páginas dispersas han sido reunidas en un elegante tomo que los aficionados están saboreando con delicia.

Todas las cualidades, que hacen de Emilia Pardo Bazan, la más completa y admirable de nuestros escritores resplandecen en el nuevo libro, compuesto de los fragmentos más queridos y más mimados, de la obra ya importante de la autora de *La Tribuna*.

Dar la noticia, es hacer un favor á sus admiradores.

Para terminar, un diálogo cogido al vuelo en un paseo. Es una prueba de lo mucho que progresa la humanidad.

Los actores de la escena son dos niños de distinto sexo.

—Cuántos años tienes María, dice el rapaz de siete á ocho primaveras.

—Yo, seis, responde la niña.

—Bibi ya serás más, añade el mocito... las mujeres siempre se quitan años!

JULIO NOMBELA.

LA CUESTION DE ORIENTE.

Cada momento que pasa, se complica más, y crece asimismo el conflicto de Oriente, por cuanto luchan distintos intereses de las grandes naciones, y se cree imposible un arreglo pacífico; vean nuestros lectores las graves noticias que hoy nos traen los periódicos.